

EN ORBITA



# AVALON, POR BU

UNA nueva versión de Frankie Avalon. Al parecer, el joven cantante no es inmune a la llamada del flamenco. La escena tuvo lugar en el Corral de la Morería, una noche de éstas. El muchacho, como todo buen turista, sintió la obligación de dar una vuelta entre los «jipios» y las guitarras. Y en seguida le venció el ambiente. Ahí está, con su inconfundible aire de americano curioso, en el que no encaja bien del todo el sombrero andaluz. Se ha ido animando y, casi sin darse cuenta, que es como se hacen estas cosas, empezó un «zapateo» digno de todo un consagrado sevillano.

Algunos dicen que le animó el ambiente, que le empujaron las notas de guitarra. Lo mejor es pensar que todo fue contagioso.

Que también las palmadas, las vueltas y el «zapateo» formaban parte de su visita a España. Y ahí le tienen, diciendo eso de «que se muere, que se muere...», pero en inglés, que es lo interesante.

Porque Frankie, el verdadero Frankie, es un chico sencillo. Sin «pose», sin estratagemas publicitarias. Son veintidós años que, en el momento de las fotografías, bailan flamenco. Solo porque es tentador bailar flamenco a las tres de la mañana. Porque así parece que uno va a conocer mejor a España. Y en una visita de seis días, es necesario conocerlo todo. Pero con rapidez, dejándose llevar un poco por lo último que llega, como si la estancia aquí fuese





# LERIAS

realmente eso: un ritmo de zapatos contra el tablado, un desfile de colores borrosos y rasgueo de guitarras.

Por unos minutos, Frankie saboreó la España mítica y fabulosa que pintan los autores extranjeros. Luego se fue a dormir, pensando en su trabajo en «El Valle de las Espadas». Pensando quizá también en esas «novias» que declaró tener, con su sonrisa franca, a flor de labios siempre. Con la sonrisa inconfundible del muchacho que está empezando a vivir la vida en esa fórmula mágica que dan los veintidós años.

(Reportaje gráfico exclusivo para TRIUNFO, de Víctor Manuel.)



## PASCALE SOLO PARA CABALLEROS



**HAY** que reconocer decididamente que la mujer se está imponiendo de una manera indiscutible en todos los trabajos que hasta ahora eran patrimonio exclusivo de los hombres. Buena prueba de ello es el caso de Pascale, una jovencita de diecinueve años, que a fuerza de tenacidad acaba de abrir una puerta que hasta ahora había estado cerrada para las mujeres.

Siguiendo una vocación un tanto extraña, Pascale se matriculó en el Escuela Nacional de Peluquería de París, de donde salió con un buen montón de diplomas que acreditaban su valía. A pesar de ello, cuando intentaba lograr un empleo, era siempre rechazada —quizá por aquello del orgullo masculino— ya que, como muchos patrones decían, «los hombres deben ser peñados por los hombres»... Pascale continuó su peregrinaje de peluquería en peluquería hasta llegar a dudar de sí misma, pero no quiso resignarse a ser toda su vida una peluquera más de señoras. Cuando, desesperada, piensa capitular, surge una ocasión que la permite tomar la revancha de todos sus anteriores fracasos. Su profesor M. Mersal —que siempre la alentó— le hace una propuesta inesperada: «Puedes probar en mi casa, uno de mis oficiales se ha marchado.»

M. Mersal no se ha arrepentido de su oferta. En tres meses Pascale ha triplicado la cifra de clientes. Al principio los hombres se acercaban con un gesto de desconfianza; ahora basta contemplar la cara de satisfacción que tiene el caballero de la fotografía para no dudar de la eficacia laboral de su bella peluquera.